

VIAJE DE ANTONIO LEOCADIO A LA VICTORIA

Al Encuentro del Bravo Centauro va el tribuno armado con su pluma

Por JULIO BARROETA LARA*

“...nos esperaba el pueblo entero de El Consejo: hombres, mujeres, niños, viejos, todo cuanto respira está aquí, es liberal...”

ANTONIO LEOCADIO GUZMÁN

Subiendo por las empinadas colinas de Macarao y San Pedro, con la Colonia Tovar hacia el Norte y Los Teques y Las Tejerías al suroeste, va el tribuno Antonio Leocadio Guzmán bebiéndose los vientos en su caballo bayo, rumbo a La Victoria, centro de los Valles de Aragua. El ha salido de Caracas muy temprano y a poco le llegó el sol caliente que entra por los Mariches y Petare. Inicia ascenso en las Adjuntas, después de cruzar en diversas ocasiones el cristalino río Guaire que zigzaguea y se hace dueño del camino. Al tribuno le sigue una larga caravana. Una vez repechada la fresca serranía donde los ojos se llenan del verdiazul de las montañas, bajará para entrar en campo llano por caminos abiertos entre cañaverales, plantaciones de añil, cafetos, cacaoales. Es tiempo de calores en la zona baja, pero allá tendrá la sombra de los samanes, del yagrumo, del flor amarilla, del bucare. Oirá el cantar del chirulí, el ruido alegre de las guacamayas. Todo sonríe.

Al tribuno Antonio Leocadio se le ha dicho, y, si él no lo cree, desea creerlo, que el general Páez, cabeza civil y militar del partido conservador, tiene interés en conversarle para zanzar las grandes cuanto peligrosas brechas abiertas entre su gente y los liberales. Y quizás Páez esté por fin reconociéndole la casta de gallo fino que hay en él, ayer su tinterillo y hoy pimpante tribuno de las masas a las cuales, porque lo merecen, él va ofreciéndoles redención.

El miedo del gobierno a que se renueve y crezca la insurrección popular, es la carta que Guzmán lleva en la manga del saco. Su adversario en este juego no es fácil de enredar. Es ese glorioso general en jefe José Antonio Páez, toro jugado en siete plazas. Es de los que, cuando duerme, abre un ojo mientras descansa el otro. Páez representa el Ejército, la presidencia del Gral. Soublette, la Banca, los dueños de las grandes fortunas del país, la sociedad mantuana; por su parte Antonio Leocadio ha liquidado ya su periódico *El Venezolano*, creado con el

* Socio correspondiente de la Academia Nacional de la Historia en el Estado Miranda

dinero de los godos dueños del agro para defenderles sus intereses ante los prestamistas del mismo sector que están apertrechados tras la Ley del 10 de abril, contra la cual también van él y Tomás Lander, que son propietarios. Como hacendados, ellos están en armonía con el grupo y no así en política y en algunos aspectos ideológicos, dentro de lo cual alientan sus propios planes. Con el prestigio que le da el periodismo, Antonio Leocadio concluirá en que su proyecto personal ha de ser trepar con vigor hacia la presidencia de la República.

Antonio Leocadio es aclamado por los humildes, cuyas escasas o ningunas letras los hace de fácil captación mediante palabras y alegorías que les estimulen el rencor social que todo pueblo lleva latente por dentro. Los mantendrá dentro del campo místico de alegorías, banderas y emoción triunfalista. Lo primero es crearle un enemigo y hacérselo, aunque sea ficción, odioso. En este caso, el godo. Es malo. ¿Por qué? Eso no importa: es malo y hay que destruirlo. Lo segundo, la imagen del bueno. Es el contraste. De ese modo y no de otro, la cosa funciona. El bueno es el liberal. ¿Por qué, si éste es también terrateniente y lo explota como esclavo, cuando no como peón al que paga con fichas para mantenerlo amarrado por el estómago dentro de las haciendas? Eso no importa. El godo es malo y el liberal es bueno. El godo es el gobierno y hay que derribarlo para poner en su lugar un gobierno bueno bajo el mando de ese hombre bueno, de barbas y patillas que respira bondad como cualquier santo que se gane las velas que le ofrendan sus devotos.

El tribuno ha venido logrando con su parla populista la dispersión social, el desquiciamiento del sistema de ideas, lo que bien manejado es un arma poderosa. Pronto esa parte ignorante del pueblo se había encargado de exagerarla. Ya se dijo que las mujeres del pueblo lo alumbraban y los hombres de igual extracción llevaban su retrato escondido en el sombrero. ¿Para qué trabajar? Ahí están las tierras de los godos a la espera del reparto justiciero que harán los liberales, lo cual para éstos, en todo caso, tendría que resultarles grato porque no son las propias. No duele.

Dentro del sustrato colectivo hay unas llamas que van quemando por debajo y aunque no se hagan sentir en primer plano, contribuyen al calentamiento social. Es la esclavitud, en cuyo seno hay un incontenible anhelo de liberación. Lo que puede contribuir a satisfacerlo, crea la emoción de alientos nuevos. Bolívar dijo que los esclavos serían libres. En tiempos de la Colonia se corrió la voz de que el Rey había ordenado la libertad de todos los esclavos pero que en los cabildos tenían escondida la orden, pues precisamente los propietarios de ellos eran los integrantes de esos cuerpos. El supuesto escamoteo lucía verosímil. Pero ahí vienen los liberales que se encargarán de enderezar la historia. Esta parte no la dirá Guzmán, a quien la esclavitud le da calor o frío salvo cuando hay amenaza de liberación. Con la mano izquierda es líder de masas y con la derecha lo es de los latifundistas, el sector esencialmente más reactivo a cualquier modificación no digamos revolucionaria, sino apenas reformadora, entre las formas sociales viejas y nuevas que podría tener un país.

Es por esos días cuando, poniendo en acción tales ideas, aparece Calvareño, a quien se le atribuye estar echando balazos con su tercerola para matar propietarios y alentar así a los esclavos para que abandonen el trabajo. Será fusilado porque se puede tocar al santo pero no a la limosna.

En esos momentos al poder que representa el Gral. Páez, el tribuno Guzmán enfrentará el grupo de periódicos mordelones y uno que otro nuevo periodista, entre ellos el mozo Juan Vicente González, que por ahora espera hacer carrera entre los liberales, como también forman filas unos cuatro curas alebrestados en política, un campesinado disperso con cabecillas de prestigio parroquial, y así mismo, entremezclados en la jacarandosa situación, algunos bandidos a campo abierto, en montañas o encuevados, que se aprovechan del liberalismo para sacarle provecho a esas libertades como si ellas fuesen la disolución de las leyes del país. Digamos que lo entienden igual a la desaparición del Estado. Felicidad total.

Antonio Leocadio tiene una base social y política endeble por ser descuadrada, que él refuerza dentro de su imaginación, en la cual figuran sus periodistas, los militares resentidos con Páez, algún oligarca y mucha gente del pueblo, dispersa en grupos gaseosos, que van echando gritos y vivas de insurrección. Una inmensa bullaranga que estremece las urbes y se derrama por valles y montañas.

A la verdad el pueblo cuenta con poder cuando lleva un fusil. Y en cualquier caso es de fácil manipulación. Ese fusil no es suyo. Funciona cuando se lo ordena un superior. De resto es apenas un alzado solitario a quien esa ilusión que le inyectan en forma interesada le obnubila y le hace suponerse ser lo que no es.

Pero véase desde cualquier lado, no va solo en su caminata de ensueño este pálido periodista convertido de improviso en dirigente nacional de las huestes de oposición. Lleva una estruendosa compañía. Un caudillo no debe parecer un desamparado. El pueblo sólo sigue a los triunfadores que le llegan a caballo y con alegría. El vencido es un gallo muerto. Antonio Leocadio va en un caballo amarillento porque ese es el color más parecido al que ya se insinúa en su bandera, y se le ve rodeado por una especie de Estado Mayor de partidarios que no ríen. Es un viaje apotéusico. Desde que sale de Caracas para remontar, a partir de las Adjuntas, la verde serranía de Macarao, La Culebra, San Pedro, Pozo de Rosas, Agua Fría, siempre techada por grandes nubes blancas, y descender a los amables valles aragüeños, van saliendo campesinos de las chozas, de las veredas, de las montañas. Detienen las faenas los agricultores al paso de la venturosa caravana, e igual hacen las lavanderas, los aguadores, almas sencillas que de tanto clamar al cielo por un remedio a sus miserias han visto en Guzmán al enviado ultraterrestre, aparecido con una canasta de palabras que reparte con generosidad. Esa bondad le crea un aura. Le tienen por santo. Le rezan oraciones destinadas a otros santos que ya están gastados o murieron de viejos. Los esclavos levantan sus cabezas, al paso del tropel, para darle un saludo al caudillo de la esperanza. En ese momento, él es una figura espiritual. Y él, que es un águila caudal, sabe mirar profundo en sus corazones.

Páez, que no está encandilado como los campesinos, referirá que bajo el pretexto de entrevistarse con él, Antonio Leocadio, con gente armada, “entró en son de guerra en algunos puntos entonando en alta voz canciones en que se amenazaba con el puñal y la muerte a los oligarcas y con vítores a su caudillo que llamaban Presidente”.¹

Debe saber el general José Antonio Páez, quien de cuando en cuando arrastra el sable por el empedrado para que sepan todos quién es el jefe perpetuo del país, que ahora no se trata del periodista que pone palabra sobre palabra en la columna de un periódico. Su plomo, ahora, debe tener un uso más expeditivo. Y lleva gente nueva. Punteando la jacarandosa caravana que se bebe la brisa, irá uno que otro ciudadano agresivamente armado y, entre ellos, el joven tuyero Ezequiel Zamora, persecutor de las primeras “bullas liberales” bajo el gobierno del conservador Soublette, y ahora converso al liberalismo. Zamora, quien erguido en su montura, espada al cinto y lanza enastada, en modo de que igualmente vaya entendiendo el Gral. Páez que junto con el plomo de la imprenta Guzmán cuenta con el plomo de los trabucos.

PARA EL PUEBLO TIERRA Y PARA LOS OLIGARCAS EL PUÑAL

Y si en verdad Guzmán no era un jefe, todo un jefe, pues entonces lo habría de parecer pues no debe presentarse sino de la manera como él va, es decir, con el aparataje de un triunfador. *El Centinela de la Patria*, periódico creado expresamente para combatir esa efervescencia

¹ Páez. Autobiografía. Rep. Facsímil de la Edición Original existente en Biblioteca del Congreso de Estados Unidos de América. Washington D.C. Editorial Bedout. Medellín, Colombia, 1973. Tomo II. P. 431.

liberal y la correspondiente dispersión social y sus consecuencias económicas, referiría más tiempo después los aspectos de la marcha: “Llegan a San Pedro, hacen alto a la entrada, preparan las armas, y ordenándose en formación militar pasan por medio de la población vitoreando estrepitosamente al Presidente Guzmán, y gritando mueras a los oligarcas. Los mismos mueras repitieron al pasar por Las Lajas. Al pasar por El Consejo iba acompañado Guzmán de mucho séquito, compuesto de pocas personas notables y de un grupo de más de cincuenta hombres, que vitoreaba por las calles con música a Guzmán, al Redactor de El Venezolano, al padre de los pobres, al Presidente Guzmán. Entraron a la Victoria con los mismos gritos y aparato militar, y en la misma actitud armada permanecieron los siguientes días. El 5 por la noche recorrieron las calles, cantando una canción en que amenazaban con el puñal a los oligarcas”.²

De modo que a la par de su sonrisa triunfadora los liberales van mostrando los dientes y astutamente los conservadores van empaquetando a Guzmán hacia el patíbulo.

Guzmán toma la pluma de cronista y escribe para Felipe Larrazábal una versión personal de su cabalgata, en carta que le remite desde El Consejo, al bajar de la fresca serranía y caer en esa tierra de soles calientes que es Aragua. Así, expresa emocionado cómo se habían adelantado hasta Las Cocuizas comisiones de El Consejo, La Victoria, Turmero, Maracay, Villa de Cura, todas para convidarlo, acompañarlo, a defenderlo. Habría subido de Macarao directamente hacia San Pedro de Los Altos, donde se ha retrasado, dice, porque no quedó habitante de la referida población “para acá que no viniese a conocerme y colmarme de consejos y bendiciones. (...) “nos esperaba el pueblo entero de El Consejo: hombres, mujeres, niños, viejos, todo cuanto respira está aquí, es liberal, y casi todos fueron a El Mamón y me acompañaron hasta el pueblo; no se podía andar ni a pie ni a caballo. La música, los vivas, todos a la Constitución y a Guzmán exclusivamente, y lo espeso del gentío con banderas y cuantos signos se han inventado de alegría, amor y entusiasmo, hacían de nuestra marcha el más imponente, tierno e interesante cuadro. (...) ¡Qué cierto, qué lisonjero porvenir!”³

Estas marchas triunfales a paso de vencedores las explicaría un día después en el Diario de la Tarde, 4 de septiembre, Juan Vicente González: “cuando ha tiempo que no se oye ni el clarín del soldado, en medio de la vida monótona de Venezuela, naturalmente han de concurrir muchos al grito y algarazara de la porción de hombres ebrios, que se dice acompañan al famoso Alfarache”.⁴

La Constitución a que se refiere Antonio Leocadio y que ellos ofrecen, y el pueblo aclama, es la del año 30, elaborada por el Congreso godo y propulsada y hecha cumplir por Páez como Presidente de la República y jefe de los godos. Pequeño detalle. El pueblo, cuando lo alucinan, traga todo y no pregunta.

En tanto Antonio Leocadio Guzmán inyecta en plan de caudillo todo ese rosario de entusiasmos a sus allegados, aparece de soslayo la figura del general José Antonio Páez, quien se ha retirado a su hacienda *La Trinidad*, en Maracay, complacido en una paz doméstica que ha buscado desde hace muchos años. A ella se refería ya en el año 30, al decir que sólo aspiraba al reposo y la tranquilidad de su casa, y con este objeto había presentado “al soberano Congreso la lanza con que he combatido en muchos lugares contra los enemigos de la patria, y la espada que como jefe ceñí en defensa de ella, renunciando a todo empleo militar”.⁵ Esa espada, por

² El Centinela de la Patria. Caracas, 24 de marzo 1847.

³ Pensamiento político Venezolano del Siglo XIX. Nº 6. Tomo II, Caracas. Congreso de la República. pp. 39-40

⁴ Diario de la Tarde. Caracas. 4 de septiembre 1846.

⁵ Páez. *Op. cit.* p. 112.

otra parte, parecía tener vida propia. Durante cuarenta años más continuaría dando mandobles en el campo de la batalla política y, en ocasiones, y eso sería pronto, en los campos de la guerra. También de esa lanza se ha reservado una buena copia.

Le han comunicado al Gral. Páez que Guzmán desea la entrevista y a Guzmán que es Páez quien la propicia. Las apariencias han hecho lo demás. No obstante, así el uno como el otro tiene su visión particular en cuanto a lo que podría ser tal encuentro. Es algo que al parecer Guzmán viene preparando cautelosamente. Al resucitar *El Venezolano*, el año anterior, ha publicado un número (único y final) y allí le da un trato menos agresivo a Páez. Sólo que no se sabe cómo le tomaría el Centauro unas palabras diagonales, donde socarronamente va envuelto el cuchillo: "Venezuela acepta la abdicación de Páez. Nadie sueña la posibilidad de que mande más en la República. ¿Queréis un hecho más decisivo en prueba de la emancipación del pueblo?"⁶

Y aunque parezcan extrañas estas frases de doble mensaje, burdamente aceitadas, representan una suavización en su lenguaje, pues los ataques a Páez han sido de frente y en ellos, desde que se declaró en su oposición, lo ha colocado como arbitrario, aprovechador, ventajista. En cualquier forma, no está demás recordar que Guzmán es un personaje que entra y sale en la picaresca política, tal así lo vio Juan Vicente González al rebautizarlo como Guzmán de Alfarache, personaje de la picaresca española universalizado por Mateo Alemán. Es más, lo llamaría "Guzmanillo de Alfarache".

Aparentemente Guzmán es quien se ha forjado la ilusión de que aquella masa informe que le sigue, le aplaude y hasta le reza oraciones, constituye un poder. En verdad es un sector amorfo, sin estructura grupal. Así que él cuenta con el pueblo armado con gritos y el general Páez con el pueblo armado con fusiles. No es menuda la diferencia. Se suma que el general Páez conoce a Guzmán desde los tiempos en que éste, como encargado de la Secretaría (Ministerio) del Interior, el año 30, le sirvió para consumar la expulsión de Bolívar y, ya antes, para disolver la Gran Colombia. Fue su funcionario de confianza en el mismo ramo hasta el referido episodio en que el nuevo ministro del interior, Angel Quintero, al verlo sentado en un escritorio, lo echó con aquello de que donde se sienta Antonio Leocadio Guzmán no se puede sentar Angel Quintero. Desde ese momento Guzmán se fue a la oposición, y amurallado en el periódico que fundó al efecto, *El Venezolano* de 1840, dio tribuna a los enemigos del gobierno y de Quintero.

Los pasos de Antonio Leocadio le han venido quitando el sueño a los conservadores y por ello Juan Vicente González, ahora dirigiendo el *Diario de la Tarde* al servicio de los godos, está en los mejores términos con el Gral. Páez. Desde esa nueva posición explicará: "el mismo Diario (El Patriota) que en su número 118 llama a Páez *Boves* y *asesino*, en el 120 le apellida grande hombre y espera de él la salvación de la patria"(...) "Otras ideas se inocularán en la sociedad y producirán diferentes combinaciones. Pero el partido Guzmán... expiró ya. Representado en su jefe, él marcha en expiación desde Caracas a Maracay para inclinar la frente y reconocer nuestro partido, representado en el héroe del orden".⁷

Las relaciones de Antonio Leocadio con el Gral. Páez han tenido pintorescas profundidades. En 1826, cuando la Gran Colombia estaba en armonía, lo envía al Perú con una encomienda muy peculiar, de esas que sólo son confiadas a personas íntimas. Lo referirá el Libertador en una misiva para el Gral. Santander. Le dice que ha recibido cartas de "diferentes amigos de Venezuela que le proponen ideas napoleónicas. El general Páez está a la cabeza de

⁶ *El Venezolano*. Caracas, 12 de abril 1846.

⁷ *Diario de la Tarde*. Caracas, 31 agosto 1846.

estas ideas sugeridas por sus amigos los demagogos. Un secretario privado y redactor del "Argos" ha venido a traerme el proyecto".⁸ Y escribe al Gral. Páez, con profundidad filosófica: "El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, es imposible degradarlo."⁹ En ese transcurso Santander le advierte a Bolívar que está por llegarle a él, a Bolívar, el referido periodista, "bicho de cuenta, atrevido, sedicioso y el que ha tenido a Caracas perturbada con sus papeles; éste es el que me ha humillado con sus dicerios groseros (...) guárdese mucho de él, porque entiendo que se lo mandan de espá".¹⁰ Sin embargo, Bolívar trata de justificarlo ante Santander, quien sí lo ha calibrado en profundidad y a futuro: "Este Guzmán es un excelente muchacho... Aunque él se ocupó en Venezuela contra usted, fue, no por malignidad, sino porque venía lleno de ideas liberales de España y porque en Caracas era moda pensar mal del gobierno".¹¹

El primer contacto entre el Centauro y el Tribuno viene de 1824 cuando arbitrariamente Páez, en acto de retaliación, hace reclutar al joven Antonio Leocadio, quien ya de 22 años de edad es un conocido periodista, y lo mete al cuartel para que cumpla el servicio militar. Ocurre que el Gral. Páez, en su condición de Jefe del Ejército, había ordenado una recluta para constituir un contingente y Antonio Leocadio, recién llegado al país, ha escrito un candente comentario donde ataca ese abuso de autoridad. Todo coincide con la protesta generalizada de las poblaciones y de los concejos municipales contra el bárbaro método de Páez y éste es acusado ante el Congreso de la Gran Colombia y, finalmente, destituido del mando. Guzmán es puesto en libertad. Pocos años después hará la referida carrera política con Páez. Y ahora contra Páez.

En su viaje a La Victoria, más barbado, más patillado y con una frente que camina por su cuenta rumbo a la calvicie, el tribuno Guzmán, quien ha tenido los referidos diferentes acercamientos y alejamientos con el Gral. Páez en los veinte años transcurridos, lleva cabalgando junto a sí a dos personajes del futuro: uno, su hijo Antonio Guzmán Blanco, entonces Antoñito, de 17 años de edad, quien viene a ser el personaje de más porvenir en el país, y al referido Ezequiel Zamora, cuyo proyecto de vida es posible adivinar porque viaja en caballo embanderado y luciendo las armas con ostentación.

El intermediario entre Páez y Guzmán es el prócer Santiago Mariño, residenciado en su hacienda El Tigre, en La Victoria. Es uno de esos bravos guerreros que de pronto dan a entender que convertirán sus espadas en arados, conforme a la recomendación bíblica. Está retirado a sus labrantíos porque ahora es, aparentemente, amante pastoril de la paz virgiliana, después del alebrestamiento contra Vargas que le trajo diez años de exilio. Tal vez le inquieta la situación en su carácter de hacendado, y lo era de cuna. Tiene tierras en Aragua, y allí vive, precisamente donde la guerrilla mayor está incubada en la sierra ubicada entre esa región, Guárico y Carabobo, con ramificaciones hacia El Tuy, donde mandan Cisneros, Aquino, el Agachado, el Indio Rangel, y rondan personajes como el degollador Guillermote, y otros del mismo nivel, por lo cual esclavos ni jornaleros trabajan y los bandoleros han venido aprovechando la situación de protesta para tomarla como bandera de la rapiña y el asalto. Guzmán le ha respondido a Mariño con una carta elegante y de fuerte contenido lírico: "¿...con cuánta más fuerza obedecería al influjo de su amistad, cuando ella evoca el nombre sagrado de la Patria, y cuando lejos de exigirme un sacrificio, me ofrece una oportunidad dichosa para probar que mi cabeza está librada de ambiciones y que mi pecho no abriga ninguna baja pasión?".¹²

⁸ Ramón Díaz Sánchez. Guzmán. Elipse de una ambición de poder. Caracas. Ediciones Hortus. 1953. p. 88.

⁹ *Idem*.

¹⁰ R. A. Rondón Márquez. Guzmán Blanco, "El Autócrata Civilizador". Tomo I. p. 15. Madrid. Imprenta García Vicente. 1952.

¹¹ Simón Bolívar. Obras Completas. Caracas. Colec. Bohemia. Bloque de Armas. Vol. 2. T. III.

¹² Páez, *Op. cit.* p. 424.

En su intento de llegar a combinaciones electorales con Páez, Guzmán se autodisminuye y le dice al Gral. Mariño: “El Gral. Páez es más, mucho más que con ellos; pero yo sin la confianza y el amor de los liberales ¿qué soy?”.¹³ De ese modo, piensa, no se le descalabrará el liderazgo. No desea correr ese riesgo. Está dispuesto a efectuar la entrevista en cualquier lugar, pero fuera de Maracay, pues a su juicio el Gral. Páez debe moverse de allí aunque sea un palmo. Es cuestión de mantener el rango dentro de un nivel aceptable. Por eso se queda en La Victoria y no sigue hasta Maracay. Desea que el Gral. Mariño entienda bien el punto y así logre persuadir al Gral. Páez: “Mientras usted no tenga esta seguridad, yo expondría su respeto y mi decoro a un verdadero chasco, sin culpa de nadie, ni provecho de ninguna especie”.¹⁴

Páez tendrá que olvidar muchos agravios recibidos de Antonio Leocadio Guzmán, quien lo ha llamado de diferentes maneras insultantes en la prensa, y con el tiempo lo apodará, sin más, “sátrapa oriental”.¹⁵ Y la lengua, se ha dicho, es castigo del cuerpo.

Mientras tanto, Guzmán va rodeado por una multitud alegre, florecida de ilusiones que cabalga y camina igual que si se tratase de celebrar una fiesta patronal, de esas que en Aragua, particularmente en Aragua, siempre han sido muy rumorosas. Es el mes de agosto, tiempo de calor en esos valles. Páez reposa; espera el paso de los acontecimientos en la fresca y bien aireada casona de su hacienda La Trinidad, en Maracay, antigua propiedad del inefable Marqués de Casa León, donde Barbarita Nieves le acompañaría en el piano mientras él, con su personalidad fundamental, sacaría joropos del violoncelo, como igualmente los echa de viva voz con el acento telúrico de su garganta llanera. Ve acercarse a su antiguo recluta, secretario, amanuense, ministro, embajador confidencialísimo ante Bolívar, ahora trocado en capitán de multitudes. Es aquel hombre pálido, con barbas que desde hacía mucho tiempo no tenía trato con las tijeras, como lo retrató entonces Juan Manuel Cajigal en su cuadro costumbrista, y siempre metido en pacíficos trajines de tinteros y papeles y quien ahora viene sobre un corcel piafante, bebiéndose los vientos, llevando al cinto una espada de poco uso, mientras escucha coplas guerreras donde lo aluden y le son cantadas a su paso por sus emocionados partidarios urbanos, a la par que en el campo los feligreses le encienden velas antes destinadas al otro San Antonio.

Páez, el formidable estratega de la guerra de guerrillas y ahora de algo parecido que es la política, más viejo y avezado que Guzmán, lo deja trotar hacia su territorialidad, pero sabe que de concederle tal entrevista, yendo él, Páez, a buscarle, significa darle rango, ponerlo a su propio nivel. Después, en su Autobiografía, simulará buscar explicación en torno a cuál sería el afán de Antonio Leocadio, pues él, Páez, no era representante de autoridad alguna. Y a ello puede agregarse que detrás de Páez está el Dr. Angel Quintero, quien no le pierde pisada desde los ataques de Guzmán y de los amigos de Guzmán en *El Venezolano* y en otros periódicos, donde lo rebautizan como “el Angel de las tinieblas”.

En carta de respuesta, Mariño le dice a Guzmán que el Gral. Páez está enfermo y para salir de casa es preciso llevarlo en silla de mano. Lo están alimentando con líquidos: “le es imposible salir en esos días de Maracay sin exponerlo a una recaída, que puede ser fatal”.¹⁶

En este proceso Mariño luce metido bajo la capa de Guzmán. Algo así como subordinado. Es Guzmán el primer civil que le alcanza ese rango, aunque temporal, después de la Independencia. Ni el Presidente Vargas.

¹³ Ibid. p. 426.

¹⁴ Idem.

¹⁵ Pensamiento político... *Op. cit.* p. 89.

¹⁶ Laureano Villanueva. *Vida del valiente ciudadano General Ezequiel Zamora*. Caracas. 1975. Oficina Central de Información OCI. p. 89.

A la población de La Victoria llega Guzmán escoltado por cuatro mil partidarios. Al salir de Caracas por la vía de Antfmano hacia Macarao, apenas le acompañaba un grupo de notables y seguidores que le son muy cercanos, como el Dr. Manuel Marfa Echeandfa, propietario de haciendas con esclavos en los valles de Barlovento, furioso defensor de las posiciones liberales y quien considera necesario ligar las ideas con pólvora porque a los oligarcas no los van a derrotar con gacetillas y discursos. Echeandfa es, y lo demostrarfa con el tiempo, un cultor de la burocracia. Cuando es derrocado José Tadeo Monagas por Julián Castro, él se quedará como alto funcionario del nuevo gobierno mientras sus compañeros van al exilio. Tendría sus buenas razones, pero ello le traerfa el desagrado de los demás liberales.

Igualmente irá en esa tronada liberal el Dr. José Manuel García, casado con una sobrina de Ezequiel Zamora, y abuelo del escritor Tosta García. Es el jefe de la Comisión que supuestamente refrendará los pactos que resultaren de la entrevista entre Guzmán y Páez.

El partido liberal no luce aún definido. Es una nebulosa donde pugnan las contradicciones, aunque deja ver alguna estructura organizativa y ciertas actividades coherentes. Su bandera no tiene color preciso. Es blanca y azul. Algunos llevan tiras amarillas en sus sombreros o en las mangas del saco y son vistos muchos pendones de ese color, como igualmente ostentan la bandera nacional para darse categoría. También flotan telas rosadas, muestra de que todavía no ha cuajado la fisonomía del partido en la mente de aquellas multitudes dispersas y aturdidas.

En esa marcha hacia La Victoria, el tribuno Guzmán va montado en simbólico caballo que todos ven amarillo, tal era la fascinación del matiz que se impondría; no obstante se ha dicho que era bayo. Es decir, amarilloso. Comenzaba el predominio del amarillo que Juan Vicente González descalabraría con su verbo caricaturesco al decir: "Allá van los liberales por los barrancos con sus banderas color de miedo".

El amarillo es el primero de nuestra bandera y el cual, según ingenuos textos escolares, representa la riqueza del territorio venezolano. En verdad fue el color utilizado para pintar a los traidores en la Revolución Francesa y es extraño que Miranda, en cuenta de ello, lo hubiese elegido para colocarlo en la bandera. El mismo Miranda se vio envuelto en un juicio, debido a un trance histórico de esos tiempos, conocido como la "traición del Gral. Domouriez", quien era su jefe girondino. De ello se recuerda la famosa defensa de Miranda, quien sustituyó en el trance a su propio abogado, y de allí que tuviera cerca el color amarillo y la bien afilada guillotina del ciudadano Robespierre. Desde antes de venir en la invasión del Leander, el generalísimo escribió, en carta para Manuel Gual contra lo que llamó los "horrores de la Revolución".

Ahora, con Guzmán y su tropel, está en ambiente el amarillo, que es el oro muy difundido en Aragua por el araguaney, fiesta de maravillas, donde cada año revientan las floraciones de abril y mayo.

Sombrero en mano, sonreído y caracoleando su bayo ha debido entrar Antonio Leocadio en La Victoria. Páez no da señales de vida. El tribuno espera el llamado. Pasan los días. La impaciencia viene cundiendo y regando su ácido disolvente. Refiriéndose a la visita de Antonio Leocadio, quien llegarfa el 1° de septiembre, Páez ha escrito un día antes a un amigo de Caracas: "Destituído yo de todo carácter público, y en mi condición de simple ciudadano, no he podido comprender que aquel anuncio tuviese por objeto ninguna especie de negociación que afectase, ni menos perjudicara el honor de los intereses nacionales".¹⁷ En cambio, quien demuestra entusiasmo por compartir su verbo con el Centauro es Antonio Leocadio. En la

¹⁷ Páez. *Op. cit.* p. 408.

misma referida carta para el “amigo de Caracas” (¿será el Presidente Soublette?) el Gral. Páez, aunque dirá y repetirá en diversas ocasiones que nada sabe de política, demuestra ser un maestro en ella. Puede interpretar a fondo los mensajes que por allí truenan y los traídos por el viento desde los lugares más lejanos. Critica lo que el gobierno ha hecho recientemente con los concejos municipales, por considerarlo peligroso para la armonía y sosiego de los venezolanos. Peleador fundamental, de pies a cabeza, pues a los apenas catorce años de edad mató a su primer oponente, quien pretendía robarle, percibe lo que otros no ven ni sienten. Y por ello dice: “Ya se oye el ruido de las armas, y se aproximan los combates: una parte importante de nuestros Llanos se ha puesto en actividad hostil, (...) “Volviendo a la anunciada visita del señor Guzmán, diré a U. que no se ha verificado aún y que ignoro si llegará a verificarse”.¹⁸

Esta carta podría tener fines desinformativos para manejar estrategias de ocultamiento. No es la misiva para un simple amigo. En momentos en que el país está incendiándose, el Gral. Páez, con toda la responsabilidad que tiene sobre los hombros, no dedicaría su tiempo a practicar un carteo social. Ese amigo de Caracas podría ser el Presidente Carlos Soublette, lo que sí justificaría dicha misiva. Y el Directorio Liberal, además, integrado por personas de sentido práctico, tales el Dr. Manuel Echeandía, el Dr. García, el Dr. Fidel Rivas y los militares Sarria y de la Plaza, no se hubiese trasladado a La Victoria de no mediar la seguridad de que estaba en puertas un acuerdo de alto nivel. No es juicioso pensar que se trataba sólo de un paseo campesino para echarse una parrillada entre amigos y relacionados, cuando en una parte del comunicado que emitirían el día 4 hablan de que los acontecimientos hacen imposible “la negociación”.¹⁹

Los conservadores siguen las intenciones de Antonio Leocadio con particular atención. Desde Caracas, su heraldo Juan Vicente González otea día y noche, a la espera de que Guzmán despeñe por esos o los otros barrancos de la política.

El Gral. Páez no deja ver interés alguno en sentarse a echar un mano a mano de parrafadas con su pálido ex secretario. Ha debido recordar, en esos relámpagos que pasan de manera impertinente por la imaginación, otros alardes retóricos de Antonio Leocadio, como aquella reláfica sarcástica donde le ridiculiza: “¿Lo veis? Un solo objeto, nada sino un solo hombre: Páez mandando desde la batalla de Carabobo hasta este día. Con el sistema militar y con el civil, bajo la dictadura y por la Constitución, en la guerra como en la paz, vos mandando. Cumpliendo la ley, con el poder de las bayonetas o bajo el imperio civil, en todos los años, en todos los días de esta República y de la otra República, vos, señor, mandando”.²⁰

No es fácil enderezarle los cuernos a la Historia.

El Centauro expresará que se halla entre dos fuerzas, una, la de su propia gente, cuyo empeño es declarar la guerra sin dilación al adversario, y la otra, la de los liberales, quienes le sugieren unírsele a ellos si desea evitar una guerra civil. El considera que la situación del país no podría ser más peligrosa y que al discutir sobre la completa igualdad social se había movido la cuestión de castas, la repartición de bienes y empleos públicos, a lo cual razona que “son cuestiones que despertaban injustos odios, excitaba la codicia y fomentaban la ambición, pasiones que no respetan diques una vez que se desbordan”.²¹ Los liberales habían desatado una guerra psicológica de dimensión terrorífica en Barlovento, El Tuy, Aragua y Carabobo, según la cual serían vendidos los esclavos por los godos a Inglaterra, país técnicamente muy adelantado, para que de ellos hicieran tambores con los pellejos y cachas de cuchillos con los huesos.

18 Ibid. p. 11.

19 Gil Fortoul. *Historia Constitucional de Venezuela*. T. II. p. 274. Caracas. Ministerio de Educación. 1954.

20 Rondón Márquez. *Op. cit.* T. I. p. 29.

21 Páez. *Op. cit.* T. II. p. 411.

Así, hasta San Francisco de Asís toma lanza y trabuco para lanzarse sobre trincheras y barricadas.

Volviendo a la sustanciosa “carta para un señor de Caracas”, queda por descontado que Antonio Leocadio tenía su viaje perdido. La misma noche de su llegada, el 1° de septiembre, se producen los terribles acontecimientos donde José Francisco Rangel, el Indio Rangel, avanza sobre Yuma y Güigüe, lugares situados a pocas leguas de Maracay. En pocas horas ha debido tener Páez noticia de lo sucedido, con todos sus detalles. Guzmán espera durante días la llamada que no llegará. Mientras, en el tumulto liberal está sucediendo algo, porque Zamora escucha decir al Dr. Manuel María Echeandía que Antonio Leocadio Guzmán es un cobarde. Ha debido ser porque Guzmán, al tener conocimiento de los sucesos de Yuma y Güigüe, y tal vez para curarse en salud, concurre al llamado a milicias de la alcaldía de La Victoria. Le acompañó el Gral. Santiago Mariño. Los rechazaron. La ley exigía que fuesen vecinos de la jurisdicción. El Gral. Mariño se integra de inmediato al frente militar creado por el Presidente Soublette, con Páez y José Tadeo Monagas contra la revuelta. Otros generales de la Independencia, de inmediato acudirían atraídos por la solidaridad social, económica y de grupo: José Laurencio Silva, Judas Tadeo Piñango, José María Zamora, entre otros.

Resulta obvio entender que en el caso del Gral. Mariño funcionó el espíritu grupal. El no fue siquiera objeto de sospechas molestosas, en tanto Antonio Leocadio Guzmán sería condenado de hecho, antes de ser capturado y, por supuesto, de que su expediente fuese al tribunal. En la casa de Mariño se habían hecho entrenamientos para el uso de armas de guerra. ¿Con cuál fin? Guzmán fue desde entonces un perseguido junto con Echeandía y demás altos liberales. Mariño, al poco, sería jefe militar de Maracay, cargo dentro del cual sería responsable de la vigilancia carcelaria de Zamora, cuando éste fue apresado y juzgado.

Cuando el Dr. Manuel María Echeandía y su hermano Juan Bautista parten hacia Barlovento, le pasan a Caracas por un lado porque esta revuelta es únicamente agraria y al pueblo urbano poco le interesa. Tal vez nada. La gente del campo es la que tiene conflicto en grado de rebelión y además resulta más fácil, por su extrema ignorancia, fanatizarla y echarla, sin más a la pelea. Echeandía, dueño de esclavos, va rechazando a los esclavos propios y extraños que se le presentan a tomar las armas. No se trata de cambiar las estructuras sociales. No es una revolución. Es un levantamiento político. Nada social. El enfrentamiento a los conservadores no debe llegar a ciertas profundidades. Y él no es un revolucionario sino un político agrupado en pos del poder. Lo sustancial es lo sustancial. Echeandía es uno de los concejales de Caracas a quienes afectó la inhabilitación promovida por el Ejecutivo. Es un político y no más. Su insurgencia no pretendía romper estructuras. Tampoco los otros dirigentes.

Como sería de inquietante la perturbación socioeconómica, que el Gral. en Jefe Santiago Mariño, todo un héroe de la Independencia, y ligado a los liberales, se ha visto impulsado a presentarse en la Jefatura civil, como un vecino cualquiera, para solicitar que lo incorporen al movimiento contra la revuelta. Peligraba el sistema. Mariño había nacido propietario de haciendas y continuaba siéndolo.

EN LA MASA POPULAR TIENE SU PROPIA EXPRESION

Sabe bien el esclarecido ciudadano Páez, y posiblemente Guzmán, que mientras ambos están en el juego de sí se realiza o no la entrevista, Francisco J. Rangel, sargento que viene de la guerra de Independencia, y ahora es un insurgente, ataca en Yuma la hacienda del Dr. Angel Quintero. Sentía Rangel odio contra los dueños de haciendas. Había cultivado una parcela en terrenos que eran propiedad de los Tovar. Conforme a un oficio firmado por el general Judas Tadeo Piñango, jefe del Estado Mayor del Ejército, los terratenientes estaban autorizados por la ley para poner en práctica un tipo de justicia personalizada: “El Gral. en Jefe, me ordena

contestar a usted: que si los señores Martín Tovar y Galindo y Ciriaco Avila, dueños de los Valles de Manaure y Tacusuruma, quieren despedir los vecinos de esos Valles y quemarles sus casas y conucos, podrán hacerlo como sus dueños que son...”²²

El hecho de ser la ley no descarta la brutalidad que ella consumaba y menos la forma de decirlo.

Especialmente se centra el odio de Rangel contra el Dr. Angel Quintero, muy conocido en la región por ser nativo de Valencia y tener explotaciones rurales, como esa de Yuma. Es el personaje más atacado por los periódicos liberales, que lo presentan como un maquinador empeinado contra los reclamos del sector popular. De modo que se le ha difundido una imagen odiosa, cuyo resultado podría ser que cualquier exaltado, de hallarlo en su camino, atentase contra su vida o lo atropellase como si fuese una alimaña. Funciona de ese modo la prédica de odios.

El tribuno Antonio Leocadio Guzmán no ha previsto lo inmanejable que es la masa movida por sus escritos. El desborde lo rebasa. Son sectores que buscan la solución a sus inmediatos problemas de trabajo y pan, los cuales no son los mismos del hacendado, político, periodista y propietario de imprenta editora, señor Guzmán. El va en pos del poder. Desea, con ese viaje sonoro, apabullar al Gral. Páez y por ello arrastra esa turbamulta con estrépito de caballería, canciones guerreras, aplausos, vivas a la patria liberal, cohetes y donde brilla una que otra lanza y asoma su agresiva boca uno que otro trabuco.

Ese movimiento liberal es bifronte: por un lado la prédica de ideas y pasiones, cuya intención es llegar al poder mediante un iluminar de la conciencia colectiva con las nuevas luces, apartando así a una godarria encabezada por la Banca, clérigos atrasados en el reloj del tiempo, periodistas y próceres de la Independencia, y por el otro el pueblo propiamente dicho, la carne de pueblo, donde ciudadanos de segunda y tercera escala sufren la esclavitud y otras formas de extorsión social. Guzmán es líder del movimiento ideológico que enfrenta a la mayor parte de los inamovibles criterios coloniales del sector dominante urbano; pero no están en su línea, por su condición de propietario, los intereses de la peonada y gentes del mismo nivel, tropa de los caudillos menudos, cuya expresión no es la tribuna o el periódico sino las lanzas o el cuchillo. Por ello Guzmán, hombre sin sensibilidad social, puede inspirarlos pero no dominarlos. Entre él y la masa que le sigue, con intereses tan precisamente contrapuestos como son las del terrateniente y los peones, y de una manera de ser que crea distancia, no hay comunión. Al fin de cuentas, el olfato especial que tiene para ello el pueblo, se lo impedirá. No es un caudillo, como Páez, que se siente a gusto entre los pelados y que éstos así lo perciben. Y de ese modo resultará sincera la frase de Guzmán cuando para curarse en salud dirá, en fecha posterior a estos días, que predicaba para formar ciudadanos y no soldados.

22 Laureano Villanueva. *Op. cit.* p. 200

II

De regreso en compañía de las lechuzas

"y soplaron la llama de la guerra civil por el litoral hacia Barcelona y tierra adentro hasta Caucagua y El Tuy".

LAUREANO VILLANUEVA

Antonio Leocadio espera la llegada del Gral. Páez, quien supuestamente para ello iría desde Maracay, donde pondría de lado el violín que hace sonar dulcemente acompañado al piano por su musa Barbarita Nieves, con quien ha compartido la parte de sueño que tiene la vida. En tanto, la disociación civil movilizada por la agitación guzmancista va tomando cuerpo en el país. Es un campo abonado en el que caen las instigaciones de los liberales, quienes dejan en rumores, y nada escrito y sólo en rumores al oído y mirando para otro lado, que igualarán al pobre y al rico, repartirán los bienes de los godos y darán libertad a los esclavos. Felipe Larrazábal es acusado en la prensa de los conservadores, tal vimos, de que junto con su hermano entra en las haciendas del Este de Caracas, hacen sonar las campanas utilizadas para llamar a los esclavos al trabajo y al acudir éstos les dicen que son libres. Así no más.

El bando liberal por lo pronto, y eso no lo compromete a reformas sociales pues no toca la estructura, incita a las masas contra los dueños de la tierra, siempre que éstos sean godos. Es una actitud sólo política. Nada revolucionaria. Juan Vicente González, en las caricaturas verbales que publica en *El Diario de la Tarde* comenta que en La Victoria mantenía Guzmán ínfulas de Presidente de la República, con una partida armada de machetes en la puerta de la casa donde se hospedaba: "el infame conspirador representaba perfectamente su papel; y ¡oh colmo de ignominia! al acercarse algunas pobres mujeres que venían a conocer al que les había ofrecido las tierras ajenas (...) los guardias les rogaban que se apartasen y no fuesen imprudentes, que él estaba ocupado con los asuntos de la patria".²³

Ahora bien, una cosa es el proyecto del Tribuno y otro el del pueblo, que tiene su propia expresión y afronta un problema social, de supervivencia, con el hambre gritándole en el estómago; el problema del tribuno Guzmán es político, de aprovechamiento personal y por ello tiene algo así como deportivo. El político, al igual de los santos que se iban al desierto a vivir alimentándose con lagartijas, disfruta de lo que para otros humanos podría ser un martirio. Al político lo forma el acoso de sus adversarios; el que no ha pasado por eso no tiene capital. Vale poco.

El desfase viene cuando Guzmán está reunido con su comando a la espera de negociar a los conservadores la confianza que le ha entregado el pueblo y llega la noticia de que José Francisco Rangel, el Indio Rangel, el más enconado caudillo de las montoneras banderizas, intempestivamente ha lanzado en Güigüe su grito de guerra. Antonio Leocadio Guzmán ha salido de Caracas hacia La Victoria el 1° de septiembre y Rangel se alza el día 2. Entre ambos hay una coincidencia circunstancial. No ligan los intereses de Guzmán, propietario de haciendas, con los de un despojado pisatario. Los une su aversión hacia los godos, que es razón política en Guzmán y social, problema de estómago, en el Indio Rangel.

²³ *Diario de La Tarde*. 16 de septiembre 1846.

En el asalto de la facción de Rangel a la posesión del Dr. Angel Quintero, en Yuma, resulta muerto el mayordomo, de apellido Pineda, y otros dos hombres. La casa es saqueada. No está presente el doctor Quintero. Agreden al suegro. Se llevan los caballos y los bueyes. De ello da cuenta desde Valencia el Dr. Pedro Estoquera, conservador, al Lic. José Santiago Rodríguez, en una carta de corte coloquial: "Oiga y estremézcase, mi amigo don Santiago; oiga la catástrofe consiguiente al vandalismo que ha fomentado con su infame conducta nuestro gobierno..."²⁴ Tal se ve, dentro de esos estratos la culpa se le cargaba, en su totalidad, al régimen conservador. Y es de peso la opinión del Dr. Estoquera porque no provenía de los afiebrados liberales y tampoco del sector engeguecido de los conservadores. Así, aparte de éstos y de los godos alucinados por el fragor de la contienda, en la colectividad existe una conciencia de reserva capaz de juzgar serenamente los hechos.

En la oportunidad el doctor Quintero se salva de que lo maten por hallarse fuera de la finca. Debido a los antecedentes, le cargan a Guzmán el supuesto delito de haber enviado esos contingentes a Yuma para hostilizar a su enemigo. De no ser intencionada resultaría torpe tal sospecha, porque la enemistad entre ambos es tan conocida que teniendo Guzmán como un objetivo primario pactar con Páez, no incurriría en el error de atacarle a su mano derecha, el Dr. Quintero, quien es precisamente su asesor esencial en cuestiones políticas. Y no lo haría en ese momento cuando no sólo Antonio Leocadio sino toda la directiva Liberal está reunida en La Victoria, lo cual afirma la importancia política que ha de tener la entrevista para los dos bandos, y especialmente para él, Guzmán.

Los acontecimientos de Yuma ponen a Guzmán en manos de Quintero, el cual, si bien sabría que no es el tribuno quien ha ordenado la acción, en cambio sí lo considera, y ello era más grave para Guzmán, el instigador intelectual de ese movimiento de inconformidad y consiguiente insurrección que se va extendiendo por todo el país. De allí que sea construido de inmediato un bien tramado aparataje judicial, detrás del que se halla el Dr. Quintero, en ocasiones como Auditor de Guerra, en ocasiones como Ministro del Interior y Justicia. Intentando matar la serpiente por la cabeza, va despejando el bosque para que aparezca únicamente Antonio Leocadio Guzmán, pieza detrás de la cual se centrará la cacería.

Cuando a Zamora lo someten a juicio, meses adelante, los funcionarios insistirán en que él había estado en los sucesos referidos, a lo cual respondió que Rangel se le había unido, tiempo después, en el sitio denominado Las Mulas. De todos modos, los funcionarios judiciales mantendrán su inquisición porque ese hilo conducía en retorno hacia La Victoria, donde supuestamente habría recibido instrucciones de Antonio Leocadio. Ezequiel Zamora, cuyo pellejo corría riesgo en el asunto, explicó a las autoridades judiciales su conducta como una perturbación que le habían creado los escritos leídos en los periódicos liberales y, de plano, le cargó a Rangel, quien ya estaba muerto, la responsabilidad de cualquier acción realizada por ambos en conjunto.

Zamora no era un pelado campesino ido tras el ruido de las montoneras, tal se le ha presentado para darle un origen romántico. Se había formado en las escuelas de Caracas y su incorporación al movimiento de los guzmancistas armados en guerrilla se podría explicar como un afán de protagonismo. En ninguno de sus escritos hay contenido ideológico y en sus acciones respecto al pueblo, en lugar de darle la territa que pedía, y habría de tener el mando suficiente para ello, lo que le dio fue fusiles y lanzas para matar godos. Y en aquella guerra entre los dos grupos oligárquicos por la búsqueda del poder, nada para ganar y todo para perder tenía ese hambriento pueblo. No era una revolución social y ni agraria siquiera. Carecía de postulados. Ni los más imaginativos cronistas e historiadores los han exhibido.

²⁴ Rodríguez José Santiago. Contribución al estudio de la Guerra Federal. Caracas. 1976. Oficina Central de Información OCI. T. I. pp. 48-49.

Aun cuando en sus muchos escritos personales, no en los que ha debido escribirle algún secretario de ocasión, Ezequiel Zamora demuestra una instrucción baja, con errores ortográficos, expresaba con claridad sus pensamientos. Llevaba dentro esa interacción cultural que de por sí dan las urbes. Su cuñado el Dr. José Manuel García era Presidente de la Comisión Liberal, con sede en Caracas y extendida a muchos lugares del país. De allí vendrían parte de sus vinculaciones apasionadas con la causa que había adoptado. Tendrá gran relieve posterior y será una de las figuras trágicas de la Guerra Federal.

Si el general Páez está enterado de los sucesos de Magdalena y Cura, no lo estaría menos la directiva de los liberales reunida en La Victoria. Al respecto comenta el Dr. Gil Fortoul que “Delibera entonces la Junta liberal, y en el acta que levanta el día 4 declara entre otras cosas, que “a las treinta horas de instalada se encuentra con una situación nueva y distinta, y que los sucesos (alzamientos) de Magdalena y Cura, el nombramiento del general Páez como jefe de operaciones militares, su colocación a la cabeza de una fuerza, la naturaleza de sus nuevas obligaciones y sobre todo la noticia que el general Páez se debe mover en este propio día de Maracay, son sucesos interesantes, nuevos e imprevistos que hacen materialmente imposible la negociación”.²⁵

La frustración de la entrevista, sin olvidar que el Gral. Páez la evadía desde antes de serle propuesta y, considerando su astucia, es de suponer que dejó correr en Guzmán la ilusión de realizarla para ver qué se traían los liberales, tuvo por motivo lo acontecido especialmente en Yuma y Güigüe con sus muertes, saqueos y soliviantamiento de esclavos y el haber sido buscado el Dr. Quintero, como diría su esposa, la señora Soledad de Quintero, para “hacerlo cuartos”. Eso ha debido cambiar las intenciones originales. No es razonable pensar que estando estas guerrillas formadas por contingentes de fanáticos influenciados por las prédicas de los liberales, públicas o en voz baja, el general Páez habría de darles ahora rango realizando una entrevista con el difusor de la inconformidad que había generado tal estado de rebelión. Más aún yendo el ataque dirigido contra el Dr. Ángel Quintero, su mano derecha. Y en ese lapso de la espera los insurgentes han mostrado su violencia, de manera simultánea, en Villa de Cura y en zonas montañosas de Aragua, Carabobo, El Tuy, Barlovento, Guanare, Barinas.

La sincronía de esos rebullicios comprueba que los liberales, como habría de observarlo el ministro Cobos Fuertes, alentaban un proyecto insurreccional. De modo que lo de Güigüe ocurrió como un reventón inoportuno dentro de la cadena. Es explicable porque Guzmán era un alborotador pero no propiamente un caudillo y, siendo así, no dominaba una estructura insurreccional que llevaba tantas contradicciones internas. Imposible conversar pactos de altura palaciega con el gobierno a nombre de los terratenientes de un sistema esclavista y al mismo tiempo dominar el rencor que llevaba dentro este hambreado sector contra esos propietarios, sus enemigos inmediatos. Insalvables eran las diferencias. Guzmán y sus compañeros de comando eran representantes del esclavismo con máscara liberal; en cambio el representante idóneo de ese sector de esclavos y peones en cierto modo esclavizados era, para citar uno, el Indio Rangel, carne de esa misma carne.

No obstante, Antonio Leocadio no está para menudos detalles sociológicos. El aspirante a ser considerado godo, y sólo utilizado por esa cepa social, Juan Vicente González, no sabe de cierto pero intuye lo que está ocurriendo en los Valles de Aragua y especialmente en La Victoria, donde la vida nacional va desarrollando uno de sus sainetes. Le dedica estas líneas: “Pero el partido Guzmán... expiró ya. Representado en su jefe, él marcha en expiación desde Cara-

²⁵ Gil Fortoul. *Op. cit.* p. 274.

cas a Maracay para inclinar la frente y reconocer nuestro partido, representado en el héroe del orden”.²⁶

A la verdad, el asalto a Yuma frustró el proyecto de entrevista la cual, de haberse realizado y resultar conforme a los planes de Antonio Leocadio, habría concluido en acordar un pacto por arriba. Sin pueblo. Este nada tiene que buscar en esos estratos desde donde se le ve abajo, muy abajo, colocado en la última escala del menosprecio. Traigamos a cuento que Rangel es decapitado tan pronto lo apresan las avanzadas del ejército y que sus ejecutores tenían instrucciones para ello, pues así lo diría el parte oficial. No sería igual con Antonio Leocadio, quien aun odiado al extremo, lo salvan las manos del mismo sector social que lo condenan al cadalso. Con la izquierda por un lado y la derecha por la otra funciona el espíritu de grupo.

LOS GODOS EN VIGILIA

Por otro lado los conservadores están alertas. No los atraparán dormidos. El Centauro, que es esencialmente telúrico, sabe sentir el trueno de la tierra y ya está en campaña. En conocimiento de que los insurgentes han entrado en Villa de Cura por tres calles al mismo tiempo dando vivas a Guzmán y echándole plomo a la gente del Gobierno, le resultaría poco sensato que siendo el jefe del Ejército estuviera en una charla reposada con quien constituía, más que el cabecilla, la figura espiritual del movimiento. Guzmán sería un hombre alerta; pero el Gral. Páez no lo es menos. La diferencia está en que Guzmán aparece como alucinado. Habitualmente le presentan como un individuo pérfido, triunfador a base de cálculos, pero en verdad tiene su parte de iluso. Sus acciones no rebasaron las normas establecidas por el juego político de su tiempo. No muestra el rencor persecutorio de Angel Quintero ni el encono rastreador de Juan Vicente González. Mucho se habla de que es intrigante, pero no se ha mostrado ninguna zancadilla de la que él ha sido promotor. Sus trastadas están dentro del juego político, pero no contra personas en particular. Enemigos enconados que en sus escritos barren el suelo con él, como Cecilio Acosta, en alguna oportunidad hasta recibirán dinero en pago y distinciones de su hijo Antonio Guzmán Blanco, quien le encargó la elaboración de unos códigos, y que se sepa él, Antonio Leocadio, no se interpuso. En la prensa se le vio, siempre, dando el frente a sus enemigos.

EN DERROTA

Viene la dispersión. Guzmán desaparece. Su plomo es de imprenta; no el de los fusiles. Páez, en su condición de Jefe del Ejército nombrado en la emergencia, ha reunido una milicia de caballería y se ha internado en los montes con la prontitud habitual que le trajo tanta fama. Por algo se le consideraba el mejor lancero. Porque lancero lento es lancero muerto. No va tras de Guzmán, caudillo de escritorio; busca insurgentes, entre ellos al Indio Rangel. Tampoco Páez va en silla de mano, como se podría pensar ateniéndonos a lo dicho por el Gral. Mariño en su carta respecto a los reales o supuestos quebrantos de salud que le retenían en Maracay, por lo cual no le era posible, decía, moverse de allí a recibir a Guzmán, porque una recaída “puede ser fatal”. Sale de manera impetuosa, a la cabeza de soldados y grupos de civiles armados que se le suman. Va rumbo a Magdaleno, por donde han visto a Rangel y a su gente. Allí el Centauro está a punto de morir debido a un disparo de trabuco hecho a poca distancia por entre las rejas de una ventana. Es un tipo de insurgencia peligrosa porque acumula odio social, encono de tipos raciales enfrentados. Los esclavos se han alzado en las haciendas del Tuy. En Barlovento, por los lados de Río Chico, reaparece el ideólogo Dr. Manuel María Echeandía, junto

²⁶ Diario de la Tarde. Caracas, 31 agosto 1846.

con su hermano Juan Bautista y el capitán Pedro Vicente Aguado, el experto militar de la expedición. Van a defender sus intereses y para eso está el pueblo masa: “Se pusieron a la cabeza de cuatrocientos hombres, entre libres y esclavos, armados de lanzas, machetes, garrotes, días antes, y soplaron la llama de la guerra civil por el litoral hacia Barcelona, y tierra adentro hasta Caucagua y el Tuy”.²⁷

Si la ida desde Caracas hacia La Victoria fue triunfalista, y a pleno sol, con banderas desplegadas, cohetes, desafiantes cantos belicosos y el ¡Viva Guzmán! en todos los pechos y regado por valles y colinas, el regreso no tiene lustre porque ha sido furtivo. Desaparecerá el tribuno en el claroscuro de la madrugada. Ya no hay más caballo bayo ni se oye gritar a esas alegres multitudes de campesinos que ostentaban retratos de su líder en el sombrero como si fuese un santo de los milagrosos. Han cesado las desafiantes canciones de guerra. El amigo de Guzmán será el helado silencio de esas altas montañas, de por sí frías y ahora más, por donde desliza sin ruido. En la penumbra. Le acompañan las aves nocturnas que regresan a sus nidos antes de que salga el sol y dos o tres de sus fieles amigos y sus partidarios, los cuales, unos van decepcionados y otros por el contrario enardecidos. Va Ezequiel Zamora, en quien hasta el final de su vida llevará encendida la llama de la guerra.

La directiva liberal queda esparcida en el viento. Sólo se sabe de Echeandía porque sale directamente a tomar las armas en Barlovento, hacia los lados de Oriente. Si los acontecimientos de Yuma estuvieron en los planes liberales, es de suponer que se desataron a destiempo, fuera de control central y al estilo salvaje del Indio Rangel.

Ahora Guzmán va solo. Derrapa por cerros, caminos y cañadas. Ya es un prófugo y, como tal, nadie le adivinará el camino tomado. Hará una variación táctica con relación a su ida. Referirá su itinerario durante la causa judicial que pronto le seguirán en Caracas: según, sale de La Victoria en la madrugada, a las 5, y pasa por la hacienda El Tigre, del Gral. Santiago Mariño. Allí toma café y trepa luego por los despeñaderos hacia la Colonia Tovar, donde almuerza, para ir a cenar en La Majada, cerca de las diez de la noche. Es deducible que su marcha es cautelosa, lenta. En el regreso no ha seguido la ruta de ida, que sería la de San Pedro y Macarao. Cambia de bestia con intención de que no sea notoria su entrada en zonas pobladas, y manda decir a Leonardo, esclavo del revolucionario liberal Echeandía, que se la tenga lista cuando envíe por ella. La luna está clara y ello le permite continuar por el camino de Las Adjuntas hacia los predios del juez Felipe Rodil, en Antfmano, quien al frente de una patrulla lo solicita y lo atrapa bajo el argumento de que va armado. Guzmán alega que son armas defensivas que cualquier viajero lleva. Pero el señor Rodil, quien, según se ha dicho es pariente de Juan Vicente González, no está para escucharle a Guzmán cuentos de viajeros, conocerá todo en cuanto a él y, especialmente alerta respecto a lo palabrero que es, lo mantiene bajo arresto. Luego lo conduce, por solicitud del mismo Guzmán, al despacho del Gobernador de la Provincia, Mariano Ustáriz, el mismo a quien le correspondió enfrentar los disturbios callejeros cuando Guzmán fue enjuiciado por el famoso delito de prensa. Puesto en libertad por Ustáriz, quien es legalista, el tribuno Guzmán, después de ir de casa en casa sin regresar a la anterior, desaparece. Libran requisitoria en su contra.

Aquí el empecinado Juan Vicente González ve la ocasión de acabar con Antonio Leocadio, que está pasando una hora menguada, y haciéndose proveer de un nombramiento de funcionario con atribuciones policiales se echa a la calle para perseguirlo sin darse tregua. Husmea.

²⁷ Villanueva. *Op. cit.* p. 103.

Pregunta. Escucha. Le echa los perros en las páginas de su periódico, desde donde con el dedo lo apunta y denuncia: “y ha quedado confuso, aturdido, pero conspirando siempre este miserable Sileno desde el escondrijo que le oculta”.²⁸ Y por eso tendría el indispensable apoyo del gobierno para perseguir al liberalismo y especialmente a Guzmán, a quien atraparé dentro del escondrijo que presentía. No ha tanto tiempo, apenas tres años, que Guzmán le ha puesto a González la pluma en la mano para que ingrese al periodismo, la carrera de su vida y desde donde ahora, con la misma pluma, le acosa en tan terribles momentos. Recordaría Guzmán lo que, a propósito de tales aguas bautismales, escribió en *El Venezolano*: “Tenemos verdadero placer en contribuir a que Venezuela conozca a este hijo suyo, llamado por su capacidad a figurar noblemente en la escena pública”.²⁹

Es él quien lo está conociendo. Juan Vicente González le ha correspondido con la paga del diablo. Precisamente ahora cuando Antonio Leocadio es un perseguido y pasa por una de sus horas más menguadas: está silenciada su pluma y desmontado del caballo. Y un caudillo sin caballo no es un caudillo.

²⁸ *Diario de la Tarde*. Caracas, 14 septiembre 1846.

²⁹ *El Venezolano*. Caracas, 2 marzo 1844.